

FÁBULA

POR JOSÉ MARÍA VERGARA Y VERGARA

Como estoy en camino de ser escritor público, es seguro que algún día tendré que imprimir mis obras; y mientras las escribo, voy a escribir el prólogo, pues de prólogo servirá la fábula que voy a contarte, lector mío.

Me atajas aquí mis buenas razones para decirme que eso se llama *ensillar mientras traen las bestias*; es decir, que el prólogo no se escribe sino después que está escrita la obra.

Y yo atajo a renglón seguido tus impertinentes interrupciones, para decirte que eso de escribir el *pró-logo* (que significa antes del discurso, o *primero* que el discurso), después de escritas las obras, es tanto como *ensillar después de haber montado*.

Lo que se debe escribir después de las obras no es el prólogo sino el *índice*.

Pero vamos a mi fábula, que es mía, no *pour droit de conquete mais pour droit de naissance*, como dijo Voltaire hablando de Enrique II; y como no se pudiera decir otro tanto de algunos libros traducidos del francés, y que son propiedad del autor *pour droit de conquete*, y lo digo en francés para que no lo entiendan los traductores.

Hace quince días que recibí una larga carta que un difuso individuo me dirigía hablándome de un pequeño asunto. El autor no era de una imaginación tan brillante que yo me pusiera a devorar su carta; tuve pereza de ello, y ni la leí sino a medias y la olvidé por entero. Quedó por ahí al pie de una mesa de mi alcoba. Un ratón la halló a mano o a hocico, y cargó con ella para su cueva. No pudiendo meterla íntegra, la dividió en pedazos; y era tal el ruido que hacía al forcejar por introducir en el angosto pasadizo el sonante papel, que hube de despertarme y de tirar al ratón con una chinela. Asustado el animalillo, huyó; pero estuvo de vuelta a poco rato y se puso otra vez a tirar con su hociquillo del fermentado papelito, a cuyo ruido volví a des-

pertarme. Al levantarme para tomar providencias más serias que un inofensivo chinelazo, se despertaron y levantaron también muchos de los habitantes de la casa, quienes vinieron con velas encendidas a informarse de la causa de la descomunal batalla que yo había sostenido con una serenidad digna de mejor causa. Yo no pude decirles que era nada en dos platos, porque no había platos que me sirvieran de disculpa; pero contéles la especie y, mostrándoles los fragmentos de papel, se pusieron a recogerlos. Cada persona leyó en voz alta un pedacillo, de manera que todos nos aprendimos de memoria la carta que no había querido leer yo; y de otro modo no la hubiera leído nunca.

Hé aquí, pensé al volverme a mi lecho, hé aquí una buena fábula para aplicársela a un crítico roedor.

Si mis obras le parecen insípidas, como me pareció la carta de marras; y las despedaza como lo hizo el ratón de antaño; el ruido que haga al romperlas atraerá la atención de los que duermen, y los pedazos que él ofrezca a la pública indignación, serán medios de hacerlos leer al público, quien de otra manera, acaso no los leyera.

De esto y no de otra cosa, sirven los críticos roedores,



ADVERTENCIA—*En la edición anterior, que corresponde al número 251, se omitió entre los catedráticos que renunciaron el nombre del doctor don Gerardo Arrubla.*